Cartografiar la ciudad de época moderna

Álvaro Molina
Alicia Cámara

Reconstruir cartografías de hace siglos, con o sin imágenes, permite aproximarse a espacios y vidas que recuerdan lo que fueron las ciudades antes de que la desasosegante gentrificación actual destruyera la memoria que durante siglos guardaron las arquitecturas y los ciudadanos que las habitaron. En el proyecto de investigación *Cartografías de la ciudad en la Edad Moderna: relatos, imágenes, interpretaciones* (CARCEM),[1] uno de cuyos resultados es este libro, hemos planteado nuevas preguntas a la historia de la ciudad hispana entre los siglos XVI y XVIII poniendo el acento en su dimensión espacial, en todo aquello que atañe a las distintas formas de concebir, idear y proyectar sus espacios urbanos, así como en las maneras con las que se describen, se narran y se representan, sin olvidarnos de los modos de usarlos, transitarlos y habitarlos. Nuestro propósito ha sido implementar una mirada poliédrica a la ciudad intentando superar los estudios tradicionales sobre las ciudades españolas de época moderna, que han atendido por lo general a la forma urbana, pese a que la *forma urbis,* generada en el mundo de la ciencia y la técnica de matemáticos, cosmógrafos y geómetras que medían ciudades y tierras, no puede ser el único enfoque para la historia urbana, ya que carece de sentido si no se tienen en cuenta las relaciones entre el espacio urbano y la sociedad que lo habita.

Comenzando con la cartografía urbana sobre plano durante la Edad Moderna —aquella que requiere de conocimientos técnicos para su ejecución— son diversas las disciplinas, métodos y enfoques desde los que esta valiosa documentación debe ser estudiada y analizada: más allá de la historia del arte tradicionalmente considerada, las imágenes producidas por los ingenieros amplían el campo de los estudios visuales, y los procesos de producción de ese ingente material permite entender el alcance que tuvieron las imágenes en manos del poder. Estas imágenes, con los textos que se conservan de los que en origen siempre las acompañaron, propician además nuevas lecturas de la alteridad desde el dominio científico europeo.

[1] Ref. PID2020-113380GB-I00 / AEI / 10.13039/501100011033, financiado por la Agencia Estatal de Investigación (Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades).

Son tan ricas en lecturas posibles las imágenes y los proyectos elaborados por los ingenieros, en los que se plasmaron ideas que pretendían responder a problemas defensivos y de bien público, que a ellas hemos dedicado la primera parte del libro. La cartografía antes de que la ciudad exista, cuando solo es proyecto, es lo que estudia Alfonso Muñoz Cosme entre los siglos XVI y XVIII. El proceso de cómo el pensamiento sobre la ciudad, la idea de modelo urbano, se convirtió en imagen para, desde el plano, llegar a la realidad construyendo y transformando ciudades, es uno de los más apasionantes de la Edad Moderna, y por ello abre nuestro libro. Son las cartografías de aquellos espacios que todavía no han podido ser transitados por los ciudadanos.

La belleza de estos planos dibujados de ciudades, instrumentalizados por el poder político, explica la pasión por la cartografía urbana presente en los atlas de los ingenieros que tuvo, entre otros coleccionistas como reyes o príncipes, la nobleza europea. Este fenómeno es estudiado por Annalisa Dameri a través de dos atlas: el del marqués de Heliche, en el que se representan plantas de ciudades de España, Italia, Flandes y las Indias, y el hasta hace poco desconocido elaborado por Bautista Antonelli, con sus obras en España, norte de África y América. Los reinos de una monarquía de ciudades se abren en las páginas de estos atlas para deslumbrarnos con imágenes que jamás llegaron a la imprenta, pero reflejan la construcción de los espacios por un imperio necesitado siempre de defensa frente a sus enemigos, cartografías urbanas para la guerra defensiva y el control del territorio convertidas en objeto de coleccionismo.

¿Pero cómo controlar la acción de los ingenieros sobre las ciudades, cuando debían materializar sus «planos, perfiles y elevaciones» en las nuevas fortificaciones que transformaban barrios enteros y no solo los límites urbanos? A eso responde el trabajo de Juan Miguel Muñoz Corbalán, quien, centrándose en el caso de Barcelona, analiza el papel determinante que tuvieron las Juntas de Reales Obras en las ciudades del siglo XVIII. Temas como el de quién debía controlar los gastos de las fortificaciones tuvieron su inspiración en normas impuestas en Francia en el siglo anterior y enfrentaron, entre otros, a los intendentes de la Secretaría de Hacienda con los ingenieros generales en el siglo XVIII.

La conexión con la ingeniería francesa en esta centuria, aplicando como acabamos de ver normas en España tomadas del modelo francés, nos lleva al estudio de Emilie d'Orgeix sobre Bernard Forest de Bélidor y su *Arquitectura Hidráulica,* también muy difundida entre los ingenieros españoles. Además, los escritos de Bélidor estaban destinados a ser útiles no solo a los ingenieros, sino también a los arquitectos, y son buen ejemplo de que la separación entre arquitectura civil y militar no había llegado todavía a consolidar una especialización profesional cuyas

fronteras de actuación parecieron infranqueables con el tiempo. El análisis del tratado de arquitectura hidráulica que realiza d'Orgeix acaba con la práctica ausencia de estudios rigurosos sobre una obra que fue tan citada, utilizada y revisada en Francia y en Europa como poco estudiada por los historiadores. Ahora finalmente podemos entenderla en su contexto histórico, social y científico.

Cierra esta primera parte del libro en torno al papel de los ingenieros en el diseño de la ciudad el estudio de un proyecto concreto: el de la plaza mayor de Orán en el siglo XVIII, investigación llevada a cabo por Antonio Bravo y Sergio Ramírez. Con documentación inédita y un estudio *in situ* de los restos conservados, abordan los conflictos habidos entre autoridades a la hora de intervenir en los espacios y edificios públicos de una ciudad. Pese a los enfrentamientos entre el gobernador, en su calidad de corregidor, la Real Hacienda o el ingeniero general, en los que se mezclaron cuestiones económicas, de embellecimiento urbano y defensivas, se llegó a construir una plaza que constituye un excelente ejemplo del urbanismo europeo de las Luces en el norte de África. Su evolución y los cambios sufridos con el tiempo llevan a los autores a plantear la urgente necesidad de conservar un patrimonio urbano prácticamente olvidado.

Y si las cartografías de los ingenieros sobre la ciudad siempre acabaron materializándose en proyectos, actuando sobre la realidad, otras cartografías jamás tuvieron una concreción en obras de arquitectura o ingeniería, pero fueron tan poderosas que todavía hoy nuestra memoria de las ciudades es extraordinariamente deudora de los relatos que la palabra construyó. Por ello, la segunda parte la hemos llamado «Relatos y memoria de los espacios urbanos».

Intereses diversos fueron creando la memoria de los espacios, los edificios y la vida que en ellos habitaba, y las palabras y otras fuentes visuales ajenas a mapas o planos nos permiten imaginar cómo transcurría la vida en las plazas y calles de esas ciudades. Se trata de un amplio y difuso campo de estudio que parte de lecturas clásicas de la sociología y la geografía para recuperar los escenarios de la vida cotidiana, el conocimiento de los agentes que transforman la ciudad, el análisis de cómo funcionan los espacios o cómo se ha conservado la memoria de sus usos. Todas estas perspectivas nos han ido conduciendo a algunas de las aportaciones de este libro, forzosamente fragmentarias, sobre las cartografías de vida que podemos conocer gracias a quienes describieron y pasearon las ciudades.

Este bloque se abre con el estudio de Alicia Cámara. En él plantea que debemos abandonar la lectura de las descripciones e historias de las ciudades como si fueran un todo único en el que sumergirse sin filtros, ya que su producción estuvo condicionada por quiénes los escribían y por quiénes eran los destinatarios: no es lo mismo la descripción de un ingeniero que la de un embajador, un viajero curioso

o lo que escribiría de las ciudades españolas un teórico como Botero, y no eran los mismos sus destinatarios, aunque ahora por lo general lo leamos todo sin diferenciar los puntos de vista que estuvieron en el origen de su creación. Si bien sobre estos relatos planeaba un modelo de grandeza urbana europeo que en ocasiones condicionó aquello que fue seleccionado para convertirse en memoria, no por ello dejan de ser textos a los que debemos aproximarnos abiertos a hallazgos inesperados fruto del punto de vista desde el que la ciudad fue observada por los coetáneos.

Y si ya vimos la pasión por coleccionar imágenes urbanas por parte de la nobleza, no es de extrañar que en una Europa moderna en la que las ciudades eran escenario de la historia, un poderoso linaje como fue el de los Moncada vinculara topografía, geografía y ciudades con la historia de una casa que había construido su fama y poder con hechos heroicos en el Mediterráneo a lo largo de los siglos: un manuscrito inédito de la biblioteca Bartomeu March de Mallorca ha sido analizado exhaustivamente por Margarita Ana Vázquez Manassero para entender tanto el momento y contexto en que se escribió —cuando en el siglo XVII sus escenarios de poder eran Sicilia, Cerdeña o Valencia— como el papel de las ciudades en los 68 cuadros de historia proyectados para convertirse en la memoria de los ilustres antepasados.

Otro tipo de relatos son abordados por Eva Gutiérrez Prada con las descripciones de ciudades en la obra de Lope de Vega. Entre las muchas que fueron escenarios para su teatro, ha seleccionado Ávila y Toledo y se ha centrado en la topografía sagrada, es decir, en la manera en que las ciudades resultaron ennoblecidas en las comedias de Lope por la vida de los santos que vivieron o nacieron en ellas. Los itinerarios y lugares de celebración de san Segundo en Ávila constituyen una cartografía sagrada que se superpone a lugares definidos por otras actividades esenciales para la estructura del trazado desde la Antigüedad, y en Toledo Lope de Vega incluiría a santa Leocadia para establecer una topografía hagiográfica que demostraba a la vez que había existido una antigüedad romana en la ciudad. Esta visión sagrada nos lleva de este modo a considerar la dimensión religiosa del espacio urbano en las ciudades, que caracterizó tanto el día a día de sus ciudadanos como el de las festividades y ceremonias dependientes de la Iglesia.

Por su parte, Guiomar Antorán Pilar ha utilizado fuentes muy diversas de la primera mitad del siglo XVII en Madrid para rescatar del olvido historiográfico lo que fue la presencia de las damas nobles en los espacios públicos. Contribuye así a destruir la imagen que se quiso dar en los siglos XVI y XVII de que esos espacios poco menos que les estaban vedados, siendo la casa el único lugar en el que su condición femenina podía desarrollarse en plenitud. La realidad desmintió ese modelo de mujer, centrándose la autora en el estudio tanto de la presencia femenina en

los casamientos de la nobleza, parte de cuyo desarrollo transcurrió en escenarios urbanos, como en su protagonismo habitual como espectadoras de las fiestas y celebraciones del poder en la ciudad: cartografías de vidas femeninas que nos enseñan cómo se querían ver a sí mismas, pero también cómo eran miradas.

Tanto este como otros de los capítulos del libro nos remiten a la consideración del territorio urbano como un espacio de experiencias cotidianas, pero también de construcción de memoria, lo que permite definir un escenario en el que se dan diversas interactuaciones entre sujetos y colectivos. Se abren de esta manera vías de análisis para el estudio de la sociabilidad en diferentes contextos y escenarios, al identificar un espacio con unas conductas y usos más o menos recurrentes. Para tratar de profundizar en estos aspectos, hemos utilizado la prensa periódica —con sus noticias, avisos, cartas y anuncios—, las guías de forasteros y los planos de Madrid en el siglo XVIII como base de la que partir en la tercera parte del libro: «Interpretaciones de lo cotidiano, entre la prensa y el plano». Entendiendo la ciudad como espacio habitable en el que estudiar vidas y experiencias de cotidianeidad, hemos concluido que su estudio necesitaba nuevos instrumentos de análisis. Por ello nos hemos ayudado de las tecnologías de información geográfica (TIG), que han demostrado los últimos años su gran capacidad de mejorar el estudio de un ingente volumen de información a través del uso de nuevas herramientas de gestión de los geodatos. De ellas nos hemos valido para georreferenciar planos históricos de la capital de la monarquía española sobre la planimetría actual y localizar en diferentes mapas web las coordenadas de aquellos espacios en los que se desarrollaron determinadas actividades y contextos del día a día en la ciudad, que podemos recorrer de manera interactiva en el portal de recursos SIG (sistemas de información geográfica) del proyecto CARCEM, que complementa los estudios incorporados en este libro.[2]

En los textos que conforman la tercera parte de la obra, el *Diario de Madrid* ha constituido una fuente documental transversal a los diferentes asuntos estudiados en cada capítulo que complementa el de otros recursos visuales y textuales, por ser la prensa una de las fuentes más ricas para aproximarnos a la dimensión cotidiana de la villa y corte hasta el primer tercio del siglo XIX, cuando cerramos el largo recorrido iniciado en el siglo XVI en los primeros capítulos del libro. El texto de Álvaro Molina abre este último bloque reconstruyendo la cartografía del mundo editorial en el Madrid del siglo XVIII a través del empleo de sistemas de información geográfica (SIG). La posibilidad de generar un mapaweb interactivo con la localización de librerías, puestos de venta, imprentas, bibliotecas y establecimientos de otros agentes ha permitido alumbrar nuevas preguntas y análisis sobre la produc-

[2] Disponible en línea en <https://dimh.hypotheses.org/transferencia/recursos-sig>.

ción, circulación y recepción de libros, mapas y estampas en la corte, una muestra del conocimiento que se puede generar en torno a la vida cotidiana de la ciudad al navegar por las calles y plazas de sus antiguos planos, que a su vez sirve de modelo para el estudio de otros contextos económicos y sociales.

Jesusa Vega se encarga por su parte de otro tipo de cartografía de vida urbana que cobró gran relevancia en la visión moderna y cosmopolita de Madrid a finales del siglo XVIII, como es la de la moda. A través de una exhaustiva revisión de anuncios, su capítulo estudia los espacios de producción y venta de los sastres, las modistas/madamas o las bateras que confeccionaban las apreciadas batas con diversos usos, públicos y privados. La vida y los afanes por agradar a su clientela de peluqueros, sastres, modistas, bateras… van apareciendo en la prensa con sus nombres hasta componer un entramado de protagonistas de dichos oficios que permite adentrarse en la vida de Madrid guiados por el gusto que imponía la corte en palacio. Armados con un *Diario de Madrid,* en cuyos anuncios y noticias encontraríamos a dónde dirigirnos, podríamos vestirnos con gusto y aparentar que formábamos parte de una vida privilegiada en la capital de la monarquía.

Otras vidas apenas estudiadas hasta ahora en los espacios de la ciudad son las de la infancia, de lo que se ocupa Gemma Cobo mirando de nuevo a la capital en el último tercio del siglo XVIII. En qué lugares detectan a niños y niñas las noticias que tenemos, sus actividades, su relación con los adultos o su participación en el comercio o los espectáculos van siendo desgranados por la autora y de nuevo es el *Diario de Madrid* la fuente de referencia utilizada para crear en este caso una cartografía de la infancia, al igual que se ha hecho en los capítulos anteriores con los contextos del libro o de la moda. Las fuentes visuales como son las estampas o tapices funcionan también como documento histórico con el que aproximarnos a la infancia en la ciudad, complementando las registrados en la prensa periódica del momento: los peligros para la infancia en su deambular y jugar por la ciudad cuando se trataba de niños de estratos sociales humildes, que no salían acompañados; niños que se perdían o que eran robados; niños que se asombraban de los juguetes expuestos en las tiendas de la Puerta del Sol, que trabajaban en la venta ambulante, que eran lazarillos y danzaban mientras el ciego tocaba y cantaba…, así va apareciendo ante nuestros ojos en fragmentos la ciudad de la infancia.

Cartografías del libro, de la moda, de la infancia, para acabar con la de la venta de grabados en Madrid, pero ya durante el Trienio Liberal (1820-1823), un periodo que permite comprobar en qué medida se alargó en España la sociedad del Antiguo Régimen pese a las experiencias que buscaron convertir la corte del rey absoluto en la capital de una monarquía liberal. De esto se ocupa Elisabel Larriba, quien lo ha estudiado a través de *La Gaceta de Madrid* y el *Diario de Madrid.* La prensa

reflejaría con la multiplicación de anuncios de dicha venta las nuevas libertades políticas que permitieron la libre circulación de imágenes. Grabados con los retratos de la familia real, de héroes de la guerra de la Independencia o relativos a la Constitución van reflejando el clima político en el que se desenvolvía la vida española en la villa y corte. Pero, como dice Larriba, no todo fue política, también se vendían obras de devoción, retratos, caricaturas, reproducción de obras de arte y arquitectura… ajenos a los debates y la opinión pública. Con este capítulo se nos ofrece otra nueva aproximación a la vida en la corte y sus espacios gracias a la relación de los lugares de venta, ya fueran establecimientos especializados en grabados o librerías, cuya actividad se mantenía viva en las mismas calles aledañas a la Puerta del Sol de las centurias anteriores.

Las páginas de este libro hablan, en definitiva, de ingenieros que conciben y dibujan los espacios de la ciudad y sus edificios públicos, diseñando sus infraestructuras tanto en tiempos de paz como de guerra; hablan de narradores que se ocuparon de describir los espacios urbanos de una ciudad en la que se vive y a la que se viaja, de sus intenciones y de a quién quisieron trasmitir sus saberes y opiniones; hablan de la ciudad convertida en objeto de coleccionismo y escenario de hechos gloriosos. También hemos recuperado la vida en la ciudad de vecinos y forasteros desde el análisis de múltiples fuentes primarias, entre otras la prensa periódica, los planos históricos, relatos de distinta índole, guías y manuales para viajeros, pinturas, tapices… que remiten a espacios vividos y del día a día de las ciudades. Recuperando esos espejos en los que la ciudad se miró y los ojos con que fue mirada, pensamos que el lector puede encontrar en este libro nuevas aproximaciones y avances en el conocimiento de un tema que, en lo esencial, todavía nos conecta como habitantes, transeúntes y viajeros a la historia de nuestras ciudades.

En una Europa que en estos años está urgida de buscar una identidad frente a otras grandes potencias mundiales, quizá esta siga anclada en la historia de sus urbes. La reflexión sobre los retos de futuro y sobre las propias dinámicas que están transformando los usos que hacemos de las ciudades como habitantes y viajeros de paso puede encontrar en las cartografías urbanas heredadas de la Edad Moderna un patrimonio a recuperar para poner en valor una nueva forma de concebirlas, describirlas y mirarlas desde un presente que sigue siendo, pese a sus cambios, el de la Europa de sus ciudades.